

SENCILLA Y AUSTERA

La Semana Santa en Guadalajara se significa por la sencillez y hasta la sobriedad de sus celebraciones. En la capital, algunas procesiones no han perdido, como la de la cofradía de los comerciantes, que salía los miércoles con la Virgen de la Esperanza y se soltaba un preso de la cárcel provincial; otras, son relativamente recientes, como la de la Pasión y la de los ex-combatientes, que comenzaron después de la guerra. No obstante, el fervor se mantiene y se han introducido algunas innovaciones, tales como en la del Viernes Santo, de la parroquia de San Ginés, que ya el año pasado salió con costaleros, única en Guadalajara.

Procesión del Borriquillo

Comienzan las celebraciones el Domingo de Ramos por la mañana, con la Procesión de las Palmas, más comúnmente llamada «del borriquillo», pues lleva el paso de la entrada de Jesús en Jerusalén montado en un asno, entre palmas y cánticos y muchos niños. Es muy popular y sale de la parroquia de San Ginés.

Luego se pasa a las del jueves y el viernes, toda vez que, como hemos señalado antes, la de los comerciantes del Miércoles Santo dejó de salir hace más de diez años.

Entre éstas que se mantienen cabe destacar la Cofradía de la Soledad, de San Nicolás el Real, por su antigüedad, pues viene del siglo XV. También del XV o el XVI, están los Apóstoles, hermandad o cofradía que realiza la procesión del Corpus, pero que en Semana Santa celebra el Lavatorio, el jueves por la tarde, vestidos los doce Apóstoles con sus túnicas y Jesús con túnica y manto, y luego recorren las Estaciones con capa. La encarnación de los personajes bíblicos viene heredada familiarmente desde sus inicios, que algunos los remontan al siglo XIV, aunque no esté documentado tan atrás; pero sí en el XVI con toda certeza.

De la parroquia de San Ginés sale el Cristo del Amor y de la Paz, que como ya hemos apuntado antes, a partir del año pasado es llevado por costaleros, y de la Concatedral, Santa María de la Fuente la Mayor, la Dolorosa, muy emotiva. Hay que señalar la cofradía de la Pasión, que sale de la parroquia de Santiago Apóstol e incorpora las figuras vivientes de la Samaritana, con su cán-

taro y la Verónica, con el paño. De aquí ha dejado de salir el paso de la Piedad, tanto como uno de los más bellos de la Semana Santa alcarreña.

Naturalmente, todos los pasos salen en la Procesión del Silencio el viernes por la noche.

Pasión Viviente

En la provincia, señalemos la Pasión Viviente, que desde hace unos quince años se representa en Hien-delaencina, antiguo pueblo minero, levantándose la casa de Pilatos, la de Anás y otras escenas de la Pasión, subiendo hasta las eras donde se escenifica la crucifixión. Es de notar que la representación del Vía Crucis

de la iglesia parroquial está hecha con fotografías de la Pasión interpretada por el pueblo.

Luego están los «armaos», que salen en Sigüenza; «romanos» con su vestimenta y pertrechos guerreros. Y también, en Mondéjar, en la cripta de la iglesia de San Sebastián, están los «Pasos» o Judíos, conjunto de diversos pasos o escenas de la Pasión de Jesucristo realizado en yeso policromado a tamaño algo mayor del natural, cuya existencia consta documentalmente ya desde 1580.

En el orden profano no debemos olvidarnos de la «quema del Judas», que se lleva a efecto Sábado Santo o Domingo de Resurrección en numerosos pueblos de la provincia, como es común en Castilla, así como las procesiones del Encuentro. ■

Pedro LAHORASCALA

SEMANA SANTA EN TOLEDO: EL FERVOR DE LAS PIEDRAS

El carácter medieval de las calles toledanas, el silencioso recogimiento de sus pequeñas plazas y la atmósfera sugerente que envuelve toda la ciudad, hace de Toledo un marco singular para la celebración de la Semana Santa, donde el paso de los cortejos procesionales compone en los claroscurios de los estrechos callejones cuadros de especial espiritualidad y dramatismo.

Si en otros lugares de la geografía española la Semana Santa se distingue por la riqueza de sus pasos o la belleza de su imaginería, en Toledo es el secreto fervor de las piedras, el silencio de sus callejones y la escenografía en penumbra de sus calles, lo que da a su Semana Santa un sello de particular atractivo.

Como cada año, cerca de 1.500 cofrades, ataviados con los peculiares ropajes, armaduras y ornamentos de una decena de hermandades, recorrerán el laberinto tortuoso de Toledo, a la sombra gótica de su catedral y bajo los muros mudéjares de sus viejas iglesias.

La Virgen de la Soledad, en cuyo rostro un artista anónimo del siglo XVI labró la sublime conjunción del dolor y la belleza, inaugura el viernes de Dolores los desfiles penitenciales entre un cortejo de 300 damas enlutadas. El Cristo de la Esperanza, de la Redención, Nuestra Señora del Apparato —con sus más de mil cofrades de la Fábrica de Armas— el Cristo

de la Expiración, el de la Agonía... son nombres que resuenan desde antiguo con ecos profundos en la religiosidad de muchos toledanos, y que, año tras año, renuevan para Toledo una de sus tradiciones más sentidas.

Pero, tal vez, donde la Semana Santa de Toledo concentra toda su originalidad, armonía perfecta de valores religiosos y literarios, es la imagen del Cristo de la Vega, a cuyo paso no puede dejar de rememorarse la leyenda toledana del Cristo del Brazo desenclavado.

Ya en el siglo XVI de esta imagen se decía que, con ocasión de que un mancebo negase a una doncella su palabra de casamiento, ésta puso por testigo al Cristo, quien, milagrosamente, bajó el brazo en favor de la doncella.

Religiosidad y leyenda pocas veces ha encontrado mejor conjunción, que en el desfile anual de este Cristo Toledano por las callejas y cobertizos de la ciudad imperial.

Pintores y poetas se han afanado desde antiguo por retener el espíritu de la Semana Santa toledana, grande no tanto por el esplendor material de sus pasos o la espectacularidad de su cortejo como por la austera autenticidad de sus procesiones, enmarcadas en la mágica sugerencia de Toledo. ■

Mariano CALVO